



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 2

CTX 110 LITURGIA I

Chupuncgo, Anscar J., “La liturgia y los componentes de la cultura”.
*En Inculcación de la liturgia en contextos latinoamericanos y
caribeños: aproximaciones teológicas y pedagógicas*, coordinado
por Amílcar Ulloa, 197-211. Colombia: CETELA, 2003.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

LA LITURGIA Y LOS COMPONENTES DE LA CULTURA

Anscar J. Chupungco'

A través de los siglos, la iglesia, tanto de Oriente como de Occidente, ha estado en diálogo constante con la cultura de toda raza y nación. Una consecuencia notable de dicho diálogo es que la iglesia asimiló con frecuencia diferentes componentes de la cultura introduciéndolos en la liturgia. Se puede decir que se constituyó en una de las maneras como la iglesia encarnó el evangelio en la vida e historia de los pueblos. O, para decirlo más llanamente, al asimilar nuevos componentes culturales en la liturgia, la iglesia permitió que la forma de la liturgia fuera influida por la cultura. Por eso, poco después de que el cristianismo fuera transplantado a suelo griego y romano, la liturgia se enraizó en otra cultura ajena, además de la judía.

Sólo hace falta considerar la forma del bautismo y la eucaristía para percatarse de que, con el transcurso del tiempo, estos ritos judeo-cristianos se volvieron tan helénicos, tan romanos o tan franco-germanos que no siempre nos resulta fácil determinar su núcleo original. En efecto, una de las dificultades que se encaran al acometer la inculturación del ordo litúrgico, consiste en distinguir entre lo que es inmutable en la liturgia y lo que está sujeto a cambio.

Pero, tal vez la raíz de nuestros males en la inculturación esté en nuestra incapacidad de reconocer el hecho fundamental de que todos los ritos litúrgicos están arropados en la cultura, que no hay liturgia que se celebre en un vacío cultural. Y esa falencia induce a la gente a pasar por alto el significado y consecuencia teológicos de la encarnación de Cristo. Sabemos que la encarnación es el paradigma, el modelo, para la iglesia. Cristo se hizo humano en todas las cosas, en efecto, judío por completo, excepto que era sin pecado, a fin de poner ejemplo para la iglesia, a la cual encomendó la misión de prolongar el misterio de su encarnación en el tiempo y el espacio. Hacer como él ha hecho: para eso existe la iglesia. En

resumen, cuando la gente no es sensible a la forma cultural del culto litúrgico, entonces tal vez tampoco es sensible a la economía de la encarnación de Cristo y la misión esencial de la iglesia.

Así que la sensibilidad cultural es un requisito. Aunque la inculturación requiere una profunda comprensión de la naturaleza, componentes y leyes de la liturgia, hay otro lado de la cuestión, a saber, la cultura. La cultura, como la liturgia, tiene su naturaleza, componentes y leyes. Y si bien damos por sentado que no todo lo cultural puede asimilarse a la liturgia y que lo asimilado debe pasar por una estricta evaluación crítica, es preciso tener presente que la cultura no es algo con que uno hace ensayos, o peor aún, lo impone en nombre de la inculturación litúrgica. La cultura tiene sus propios requisitos que deben ser respetados, si se quiere que el diálogo con ella sea franco y provechoso.

Así pues, cuando adoptamos, por ejemplo, un ritmo musical cuyo propósito es insinuar una relación amorosa, aplicándolo a un canto de comunión, es posible que estemos espiritualizando esa índole de amor. Pero ¿acaso no estamos imponiendo con ello a ese ritmo musical un significado para el que no está destinado? Sin duda toda sociedad reivindica un ritmo musical distintivo con el cual expresa su relación con Dios. O cuando adoptamos un rito de iniciación aborigen, como el corte de cabello en algunas sociedades, como símbolo de la penitencia cuaresmal, en lugar de la ceniza tradicional, ¿no estamos interfiriendo en pautas culturales? A veces consideramos que en cuestiones de inculturación todo es lícito siempre que salvaguardemos celosamente las normas litúrgicas. Y exigimos con razón que se observe el decoro en el uso de los utensilios eclesiológicos en funciones ajenas a la liturgia. Altares o púlpitos de antigüedad como decoración en restaurantes no son un fenómeno demasiado raro en Europa. Estas escenas de mal gusto ofenden nuestro sentido cristiano de lo divino. De modo inverso, ofendemos la sensibilidad cultural cuando nos valemos de componentes culturales en la liturgia sin la debida consideración del significado o propósito original.

DEFINICION DE CULTURA

En la pasada tradición humanista, la cultura era sinónimo de amplitud en el conocimiento humano. Y conocimiento se refería a ideas y nociones, en síntesis la intelección racional. Se consideraba “culto” a una persona según la cantidad de dicho conocimiento que hubiera adquirido. Con el advenimiento de la antropología cultural, el concepto de cultura ha evolucionado hasta ser algo mucho más amplio. Si bien no hay uniformidad en la definición de cultura, hay un consenso generalizado entre los autores sobre algunos de sus elementos descriptivos.

Primero, la cultura abarca no sólo el pensamiento racional, sino también las realidades prácticas de la vida, como las pautas para construir las casas, para cocinar y comer, para sembrar y cosechar, para rendir culto a Dios. A este respecto, podríamos decir que la liturgia, en la medida en que es una pauta para rendir culto a Dios, es una realidad cultural. Aunque afirmamos que en la liturgia hay elementos divinamente instituidos, sabemos que éstos se corporizan en la cultura.

Segundo, la cultura es antropogénica. Esto quiere decir que, si bien los seres humanos producen cultura, la cultura a su vez es capaz de influir en ellos tan profundamente que se tornan diferenciados, es decir, adquieren una individualidad propia. Si aplicamos este principio a la liturgia como realidad cultural, podemos decir que, si bien nosotros damos forma al ordo litúrgico, éste nos da forma a nosotros por sus valores, y nos lleva a la comunión con el componente divino.

Tercero, la cultura es pluralista. Por otro lado, el monoculturalismo es a menudo el brazo de la conquista y la dominación. Pluralismo cultural significa que hay tantas culturas como grupos sociales con sus propias pautas de pensamiento, lengua y ritos. Si ponderamos la dimensión cultural de la liturgia, debiéramos ser capaces de llegar a la conclusión de que hacen falta tantos órdenes litúrgicos como haya pautas de pensamiento, lengua y ritos.

Cuarto, la cultura es, por su índole, estructural: no se produce por casualidad o al azar. Antes bien, está regida por estructuras establecidas, aun cuando dichas estructuras evolucionen. Por consiguiente, no debe inducirnos a perplejidad el hecho de que la liturgia esté estructurada o regida por normas. En la tradición litúrgica, a la estructura se le denomina ordo, lo cual implica un conjunto de pautas normativas.

Quinto, la cultura con frecuencia corre el riesgo de convertirse en instrumento de manipulación en manos de déspotas y dictadores. La manipulación puede manifestarse en el campo de la educación, las artes y la literatura, la propaganda, la moda y los deportes. La liturgia también puede ser reducida a un foro para propagar e imponer una ideología personal. El peligro se da en aquellas circunstancias en que el ordo litúrgico se deja bajo la responsabilidad de una sola persona o un restringido grupo de personas sin la participación de la comunidad.

LOS COMPONENTES DE LA CULTURA

Se define a veces la cultura en función de sus componentes. Los antropólogos culturales nombran tres: valores, pautas e instituciones.

1. Valores

Los valores son principios que influyen y dan dirección a la vida y actividades de una comunidad y sus integrantes. Son formativos de la actitud o conducta de la comunidad con respecto a las realidades sociales, religiosas, políticas y éticas. El valor de la hospitalidad, por ejemplo, da forma al vocabulario activo de una comunidad y crea los ritos pertinentes de acogida, entretención y despedida de los huéspedes. El valor de los vínculos familiares hace regresar los miembros a los hogares paternos para reuniones familiares y celebraciones anuales. El valor de mando se exalta con títulos de honor o votos de lealtad por parte de la comunidad, y con la correspondiente promesa del dirigente de llevar a cabo un servicio activo.

La liturgia también tiene su conjunto de valores. Estos son paralelos con los valores humanos, aunque por supuesto se enfocan desde una perspectiva cristiana. Por ejemplo, la hospitalidad adquiere un significado distintivamente cristiano en la celebración bautismal, cuando la comunidad recibe al recién bautizado. Se expresa por la sinceridad con que se acoge a los extraños por parte de la comunidad en la mesa eucarística. Los que cumplen el ministerio de hospitalidad los domingos no son meros ujieres; ellos cumplen la función de hospitalidad cristiana no sólo para con los extraños, sino también para con los miembros de la familia. Por cierto que reivindicamos la domus ecclesiae como nuestro hogar, pero no deseamos salir y entrar anónimamente a nuestra casa; precisamos ser recibidos y despedidos a la puerta.

Otro importante valor litúrgico es el espíritu de comunidad, que es una versión ampliada de los vínculos familiares. En la década de 1970, se escuchaba con frecuencia por parte de personas que sentían la liturgia dominical totalmente aburrida, si no insensata, el siguiente comentario: “¿Para qué ir a la iglesia si uno puede adorar a Dios en casa, en la privacidad de su aposento?” Cuando se considera la liturgia como una mera relación vertical en la que puede dejarse de lado lo horizontal, se genera fácilmente una actitud de esta índole. Pero si se mira la liturgia como una realidad cultural con su propio valor de espíritu comunitario o vínculos familiares, congregarse todos los domingos para celebrar como comunidad o familia cristiana no debiera ser muy difícil de entender. Tampoco es de sorprenderse que la gente llegue a dedicarse de lleno a las cuestiones de la iglesia y permanezca fiel a la comunidad. Algo del orden natural de las cosas se traslada al dominio de lo sobrenatural.

El valor de mando es un ingrediente esencial del concepto de asamblea litúrgica. La liturgia es esencialmente el culto de una comunidad reunida, imagen particular de la iglesia de Cristo que está estructurada orgánicamente, o dicho de otro modo, estructuralmente organizada. Nos referimos aquí a la relación entre el sacerdote y la asamblea. Cuando hablamos de jerarquía episcopal o presbiteral o de la presidencia de sínodos regionales, estamos tratando nada

menos que del oficio de mando en la iglesia, y por consiguiente de mando litúrgico. Se trata de un valor inherente a la naturaleza misma del culto comunitario, tal como es en toda asamblea o institución secular, sin excluir los sistemas democráticos. En nuestra tradición mayoritaria, no podemos concebir celebraciones litúrgicas acéfalas. Aun en las liturgias donde el representante jerárquico no oficia, hay siempre un conductor laico, un primus inter pares, que es no obstante primus.

2. Pautas culturales

El segundo componente de la cultura son las pautas culturales. Se trata del modo típico en que los integrantes de una sociedad piensan o forman conceptos, expresan sus pensamientos mediante el lenguaje, ritualizan aspectos de su vida y crean formas de arte. Los aspectos que abarcan las pautas culturales son, pues: pensamiento, lengua, ritos y símbolos literatura, música, arquitectura, y toda otra expresión de las bellas artes. Las denominamos pautas, porque son en cierto modo predecibles, en el sentido de que siguen un curso establecido. Las cosas se piensan, se dicen y se hacen conforme a cierta pauta, de manera muy parecida a como esperamos que los cerezos florezcan en primavera. Así pues, cada grupo cultural tiene su típica manera de pensar, de verbalizar conceptos, de expresar valores, y así sucesivamente.

Sin que pretenda generalizar ni ofender la sensibilidad cultural de nadie, permítaseme presentar un ejemplo estereotípico. Si le muestras el último y más avanzado computador a un japonés; ¿qué piensas que le vendrá espontáneamente a la mente? ¿No será acaso algo relacionado con su tecnología? ¿Qué sucedería en el caso de un chino? ¿No será su valor de mercado? ¿Y qué pasaría con un filipino? Algunos filipinos dicen que pensarían en cómo copiar el producto en forma barata. Cada agrupación tiene su característica cultural, un atributo muy propio que la identifica, la individualiza como pueblo o raza.

Vale la pena mencionar de paso que la ley de pautas culturales no sólo se cumple en agrupaciones sociales, sino también en indivi-

duos. Cada uno de nosotros opera individualmente según un conjunto de pautas personales. Cosas triviales como ponerse primero el zapato izquierdo y luego el derecho son ejemplos de la vida cotidiana. Cuando consideramos conocer suficientemente a una persona, al oír o ver algo de esa persona solemos decir: “Eso es típico, no se puede esperar otra cosa”.

Se las llama pautas culturales también porque son las normas de la sociedad para la vida en que una persona nace y crece. Mediante el proceso que los antropólogos denominan *inculturación* la persona es iniciada y adiestrada por conducirse de acuerdo con esas pautas, de tal modo que se constituyen como una segunda naturaleza de cada integrante de la comunidad. Es por esa razón que, todo lo que sucede ajeno a la pauta normal se considera excepcional y anómalo. Aunque las pautas culturales no eliminan la individualidad, forman a los miembros de la sociedad dentro de límites establecidos de aceptabilidad social. Por tal motivo no debiéramos tener escrúpulos en discernir una sociedad de otra, un grupo racial de otro. Hasta qué punto aceptamos la profunda influencia de pautas culturales en los miembros de una sociedad o raza se pone de manifiesto cuando decimos cosas como la siguiente: “No te asombres; así es como hace las cosas, es alemán”. Comentarios como éste no son necesariamente discriminatorios: más bien expresan una percepción, a saber, que las pautas culturales tienen el poder de dar forma a la vida de una persona, al conformarla a la imagen que la sociedad tiene de sí misma y de sus integrantes.

Las pautas culturales están en la raíz de la identidad social y racial. El modo típico en que los miembros de un grupo piensan, hablan y ritualizan, nos permite discernir un grupo cultural de otro. Así pues, cada grupo cultural tiene sus pautas de pensamiento, de lenguaje y rituales con los cuales expresar los valores de hospitalidad, espíritu comunitario y mando.

2.1 Pauta de Pensamiento

Vale la pena abocarse a un proceso de introspección a fin de identificar uno sus pautas culturales. ¿Qué nos viene a la mente de

inmediato cuando se anuncia un huésped o un extraño? Se trata, en otras palabras, de pautas de pensamiento, de conceptos e imágenes que surgen en la mente espontáneamente. En el universo bíblico es típica la teofanía: Dios visita a su gente en la persona de extraños. La Regla de Benedicto, del siglo sexto, instruye al portero del monasterio a acoger a los huéspedes como a Cristo mismo, y de responder a los que tocan a la puerta del monasterio con la exclamación: “Sean dadas gracias a Dios”. Pero hay un grupo cultural que tiene esta curiosa metáfora: “Un huésped que se queda más de tres días, comienza a oler como pescado”.

2.2 Pauta de Lenguaje

De la pauta de pensamiento pasamos a la de lenguaje. ¿Qué palabras o expresiones asociamos al instante con el valor de hospitalidad? ¿Cuáles son las primeras palabras que dirigimos a un huésped? Varios grupos culturales, especialmente en Asia, no pierden tiempo en fórmulas tales como “bienvenido”, “¿Cómo está usted?”, “espero que haya tenido un viaje agradable”, “Tome asiento”, y así sucesivamente según la ocasión. En cambio, las primeras palabras del dueño de casa son “Ha comido usted ya?” Las pautas de lenguaje revelan la principal preocupación de un anfitrión hospitalario: preocupación por el bienestar de los huéspedes. Durante el tiempo que dura la visita se hace sentir a los huéspedes que son acogidos con beneplácito y que son objeto de preocupación, con palabras tales como “síntase en casa”, “usted es como de la familia” o “cuando necesite algo, dígalos”.

2.3 Pauta Ritual

Del lenguaje pasamos a los ritos. El valor de hospitalidad es ritualizado según las pautas establecidas. Apretón de manos, abrazo, inclinación de la cabeza, manos que apuntan a la frente, beso en la mano derecha de los ancianos o en la frente de alguien son algunas de las ritualizaciones del recibimiento y la despedida. Los huéspedes familiarizados con estas pautas rituales esperan recibir las de su anfitrión. No es de sorprenderse que nada menos que Jesús se sintió ofendido cuando su anfitrión Simón no lo besó ni le

ofreció agua para sus pies cuando entró en su casa. En el mundo antiguo el lavado de los pies era señal de hospitalidad y, en efecto, motivo de comodidad física para los que viajaban a pie. En Epoca tan tardía como el siglo sexto, la Regla de Benedicto exigía del abad y la comunidad lavar los pies de los huéspedes que llegaran. Diferentes culturas tienen distintos ritos de entretención para los huéspedes. Algunos de éstos son realmente detalles de refinamiento social, cuyo desconocimiento u omisión constituyen un faux pas en hospitalidad. Sirven de ejemplo el ritual de presentar los huéspedes, la asignación de lugar a la mesa, el orden de servir la comida. A veces los padres piden a los niños que hagan una presentación ante los huéspedes con canto, tocando un instrumento musical, recitando una poesía o bailando. En cierto sentido, el anfitrión no escatimará nada para agradar al huésped. No es inusual en algunas culturas que una familia ofrezca lo mejor que tiene en materia de comida y alojamiento, y acaso meterse en deudas innecesarias por causa de la hospitalidad. Los huéspedes son sagrados y las pautas rituales de hospitalidad son a veces tan extravagantes como los utensilios usados para el culto sagrado.

Las pautas rituales de hospitalidad se manifiestan no sólo cuando se recibe a los huéspedes y se los entretiene, sino también cuando se los despide. La despedida puede ser tan minuciosa como el rito de acogida. En algunas culturas decir adiós puede durar por siempre. Esto es así porque el anfitrión, por su sentido de hospitalidad, trata de retener al huésped, aun cuando en ocasiones esto pueda resultar inconveniente para los que tienen un horario que cumplir o un avión que coger. Los ritos usados para la acogida son normalmente los mismos que para la despedida, pero las fórmulas expresan sentimientos diversos, desde el suplicante “adieu” o “adiós”, al esperanzador “arrivederci” o “see you soon”, e incluso el apologético “hubiera querido atenderlo mejor”.¹

Las pautas culturales de hospitalidad son el modo típico como un grupo de personas piensa o forma conceptos e imágenes sobre huéspedes, les hablan a ellos y de ellos, y realizan ritos para recibirlos, entretenerlos y despedirlos. ¿Cómo afectan estas cosas a la liturgia? Si consideramos la liturgia como una realidad cultural, si bien

con un componente divino, y tomamos en cuenta que uno de sus valores es la hospitalidad, se hace evidente que la liturgia también sigue un sistema de pautas culturales. En otras palabras, la liturgia tiene su modo peculiar de pensar y hablar acerca de la hospitalidad y de expresarla en forma ritual. Esto lo encontramos en su ordo, el cual, debido a su consecuencia y predecibilidad, es llamada típica, es decir, un dechado para imitar. El ordo contiene el modo típico como la liturgia trata el valor hospitalidad.

Si bien en última instancia podemos remontar los orígenes litúrgicos hasta la tradición judía, debemos aceptar el hecho de que en Occidente la liturgia cristiana ha sido influida ulteriormente por pautas culturales romanas. Las liturgias occidentales, como se las conoce actualmente entre católicos romanos, luteranos y anglicanos, son un conglomerado de pautas culturales de la época judía hasta la cristiana medieval. No obstante, todas ellas poseen un estilo distintivo y típico de fórmula y rito que se puede identificar como típicamente romano: sobrio, conciso, directo y práctico. Es este tipo de pauta cultural que en general ha dado forma a las pautas de hospitalidad en las liturgias occidentales

Una pauta precipuamente romana referida a la hospitalidad en la liturgia pre-Vaticano II es el modo abrupto en que se despide a la comunidad. Con palabras concisas y directas, se le decía a la asamblea romana: *Ite, missa est*. En lenguaje contemporáneo diríamos lisa y llanamente: “se levanta la sesión”. Bajo la influencia de esta pauta romana, la asamblea litúrgica es raudamente bendecida y despedida con tres palabras. Hay quienes incluso llaman a este rito de despedida el rito del despido, que puede ser seriamente ofensivo y carente en absoluto de fineza cultural. Es preciso decir aquí algo pertinente al respecto. El hecho de que la gente no se sienta ofendida por ser desalojada, es señal segura de que no toman las palabras que oyen con suficiente seriedad o que se han formado el hábito de no considerar la liturgia como una realidad cultural. El genio romano de la brevedad, aplicado a la despedida en la liturgia, puede causar incomodidad en sociedades donde lleva bastante tiempo y talento artístico decir adiós. Es comprensible

que algunos liturgistas traten de acrecentar esta parte de la liturgia en un empeño por incorporarle otra pauta de hospitalidad.

Es preciso examinar el rito de la comunión en el contexto de la hospitalidad. El hecho de que quien oficia toma la comunión antes que la asamblea puede explicarse por ser oficio de prelación. Pero el tipo de imágenes que crea puede ser culturalmente muy insultante. El que oficia, a la vista de todos, come y bebe primero, y solo entonces distribuye la comunión a los demás.

Tal vez la más significativa expresión de hospitalidad litúrgica sean los saludos “El Señor esté con ustedes” y “La paz sea con ustedes”. Estos saludos, que se pronuncian en diversos momentos de la celebración eucarística, sirven como palabras de recibimiento, como reiterada certeza de la presencia de Cristo. Algunos oficiantes las reemplazan con fórmulas más contemporáneas o, si no, las yuxtaponen a alguna de éstas, dando así la errónea impresión de que estos saludos cristológicos no tienen el mismo valor hospitalario que saludos contemporáneos como “buenos días” o “buenas tardes”.

2.4 Observación sobre otros valores

Las mismas reflexiones se pueden hacer con respecto al valor del espíritu familiar. Percibimos este valor litúrgico en palabras tales como “familia” y “familia de Dios”, que se usan frecuentemente para describir la asamblea que está reunida. La metáfora bíblica de compartir un pan y una copa eleva el valor de familia. El propio nombre del edificio eclesial, *domus ecclesiae* o casa de la iglesia, propone una pauta de pensamiento y lenguaje. La disposición arquitectónica del edificio como también el orden de la comunidad congregada, con el oficiante y los ministros en el santuario y la asamblea en la nave, parecen sin embargo estar pautados en base al arreglo observado entre familias romanas cuando se reunían. En un ámbito cultural donde el paterfamilias reinaba supremo, esta disposición reafirmaba a gritos una pauta cultural referente a la familia.

Con respecto al valor de mando, la liturgia expresa un pensamiento, un lenguaje y una pauta ritual claros. La imagen del obispo en los escritos de Ignacio de Antioquía es la de Dios, al tiempo que los presbíteros que lo rodean representan el colegio apostólico. En la liturgia, el oficio de conductor está simbolizado tradicionalmente por la silla del oficiante, probablemente por influencia de la cathedra romana o sede de autoridad. La liturgia también reserva ciertas funciones al jefe de la asamblea. Tradicionalmente son éstas las oraciones del preste, especialmente la oración eucarística, y la homilía o sermón. Desde los tiempos del emperador Constantino, los obispos (particularmente el de Roma) y hasta cierto punto también los presbíteros y diáconos, adquieren prerrogativas políticas y con ellas los correspondientes ceremoniales de la corte imperial. Los obispos podían usar el trono, ser saludados por una canción coral al entrar en la basílica, hacer que se les bese los pies, y demás. Así pues, la pauta litúrgica de mando, que anteriormente estaba enfocada en la función pastoral, como se lee en la Tradición Apostólica del tercer siglo, gradualmente fue trocándose en una pauta de mando de índole más socio-política.

2.5 Conclusión

Del análisis previo podemos concluir que la liturgia opera de acuerdo con pautas culturales. Tiene su modo de proyectar sus valores mediante un uso particular del lenguaje, los ritos y símbolos. Es conveniente tener presente que las pautas culturales que están activas en la liturgia occidental no provienen de una sola fuente. Forman varios estratos, como resultado de siglos de relación con diferentes culturas. Hemos estado enfocando el valor hospitalidad. Quizás podamos decir acertadamente que la liturgia occidental estaba caracterizada y debiera seguir caracterizándose por la hospitalidad, por su apertura a otras culturas, por su buena disposición para con las pautas culturales de la gente que la celebra. Todo esto nos permite abrigar la certeza de que nuestro empeño de proceder a la inculturación de la liturgia no es ajeno a la historia de la propia liturgia.

3. *Instituciones*

El tercer componente de la cultura son las instituciones. Éstas son los ritos tradicionales de la sociedad mediante los cuales celebra las diferentes fases de la vida humana, desde el nacimiento hasta la muerte. Así, hablamos de ritos de iniciación, ritos de matrimonio y paternidad, ritos al asumir oficios de mando, y ritos vinculados con la enfermedad, la muerte y los sepelios. Otras instituciones son las celebraciones de la sociedad para señalar el comienzo de las estaciones del año, especialmente la primavera y el verano, para pastores y agricultores respectivamente, y para conmemorar leyendas de su mitología o memorables sucesos de su historia. Estos ritos son fiestas que hacen partícipe a la familia, el vecindario o la comunidad toda. Se celebran con gran regularidad y fervor, y con fidelidad a los ritos tradicionales que debiera avergonzar a los rubricistas litúrgicos.

El Pesajim dice del niño que protesta contra la observancia de la comida pascual: “El niño impío pregunta: ¿Qué ceremonias realizan ustedes, y por qué imponen esta conmemoración todos los años? Puesto que él se excluye de la conmemoración, se le debe responder así: Es porque Dios me ha hecho grandes favores. Pero no los ha concedido a este niño impío que, si hubiera estado en Egipto bajo Moisés, no habría merecido ser liberado de ese país”.

En otras religiones la eficacia de la institución dependía de la observancia exacta y minuciosa de los detalles rituales. Tanto es el poder e influencia que ejercen las instituciones en la vida de las comunidades.

La liturgia también tiene sus instituciones, que se celebran en diferentes épocas del año de acuerdo con el sistema calendario, que es una institución en sí misma, conocida como “año litúrgico”. Unas pocas fiestas tienen su origen en el mundo judío de Jesús y sus discípulos: Domingo, Pascua y Pentecostés. Con el transcurso del tiempo, se han agregado un gran número, tanto de fiestas religiosas como seculares: Epifanía, Natividad, Juan Bautista. Otras tienen un tinte político, introducidas en épocas de incómodas rela-

ciones entre la iglesia y la política: Cristo Rey y José Labrador. Y, por último, algunas festividades fueron provocadas por turbulencias y calamidades: Miguel Arcángel, Días de Rogación. La iglesia instituyó tales festividades de la misma manera como lo haría cualquier sociedad humana. La diferencia está en que tratamos aquí de instituciones cristianas: celebran el misterio de Cristo y la iglesia, aunque lo hacen en el contexto de la cultura y de las tradiciones de la asamblea celebrante.

Resumen

La liturgia no se celebra en un vacío cultural, sino en medio de las expresiones culturales vivientes de la asamblea cultural. Este principio nos ha impulsado a escudriñar los componentes culturales del culto cristiano. La conciencia de la dimensión cultural de la liturgia indujo a la necesidad de examinar los propios componentes de la cultura misma. Se trata de un ejercicio que debe ser requisito para la inculturación. Porque no es suficiente conocer solo la naturaleza, el propósito y las leyes de la liturgia cristiana. Se exige que tengamos cierta familiaridad también con la cultura que entablará diálogo con la liturgia. También llegamos a la conclusión de que, para conocer la teología de la liturgia más profundamente, es preciso que conozcamos igualmente sus características culturales. Como el misterio de la encarnación, somos llevados al conocimiento y amor del Dios invisible por el conocimiento del Dios hecho ser humano.

Describimos en forma sumaria las características de la cultura tal como la entienden los antropólogos contemporáneos, comparando dichas características con las características culturales de la liturgia. En cierto sentido, siempre que se haga abstracción de sus elementos divinamente revelados o instituidos, la liturgia cristiana puede caer bajo la categoría de realidad cultural. Esto es así porque tiene los mismos componentes que también son identificables en la cultura.

Estos componentes los llamamos valores, pautas culturales e instituciones. La liturgia también tiene valores humanos que proyecta

como valores cristianos: hospitalidad, espíritu de familia, liderazgo. Estos valores se expresan en pautas establecidas de pensamiento, lenguaje, ritos y símbolos, de acuerdo con un ordo o modo litúrgico peculiar de hablar y realizar el rito. Por último, examinamos algunas de las instituciones con las cuales la liturgia celebra concretamente el misterio de Cristo y de la iglesia, arropada en valores y pautas culturales. Los valores, pautas culturales e instituciones de la liturgia no son monoculturales: pertenecen a diferentes culturas del mundo y forman un conglomerado cultural. La liturgia cristiana acoge los valores, pautas culturales e instituciones de pueblos y razas, siempre que puedan ser vehículos del mensaje de Cristo. Esto, en último análisis, es de lo que trata la encarnación.

¹ Anscar J. Chupungco, teólogo y liturgista de origen filipino. Pertenecce a la Iglesia Católica Romana.

² En la región del Río de la Plata, cuando se estima de veras a una persona, se la despide con un “hasta siempre”. N.d. T.